



NÚM. 42. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 14 DE OCTUBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

## REVISTA DE LA SEMANA.



Se ha recibido ya y publicado en España la alocucion de Su Santidad en el Consistorio secreto de 28 de setiembre de que hablamos en la revista anterior. La redaccion de este documento se atribuye al cardenal Antonelli, de quien hemos dado en otra ocasion á nuestros lectores algunos apuntes biográficos. En él se condena duramente la invasion de los Estados

pontificios por las tropas piamontesas, la de Sicilia y Nápoles por Garibaldi, la destruccion de los tronos de Toscana, Módena y Parma, la agregacion de las legaciones, en una palabra, la anexion de la Italia á los dominios de Victor Manuel. Se omite, sin embargo, la fórmula de excomunion y se rehuye tambien hablar del refuerzo que han tenido las tropas francesas de Roma. En vista del ataque de los piamonteses, Luis Napoleon retiró su embajador de Turin y aumentó hasta veinte y cinco mil hombres las tropas que guarnecen á Roma y Civitavecchia: sin embargo la alocucion de Su Santidad, reducida toda á deplorar los ataques que recibe el poder temporal de la Sede apostólica, no hace mencion de estos hechos.

Dos puntos son los mas importantes que abraza este documento: el uno es el auxilio que en él se pide á las potencias católicas para defender los derechos temporales del papa como monarca de las provincias que hasta ahora le han estado sometidas: aquí se da á entender que el socorro de los veinte y cinco mil franceses que ocupan á Roma no es considerado como suficiente por el gobierno romano: el otro punto consiste en decir que en vista de las actuales circunstancias, el Padre Santo se verá precisado á adoptar medidas que pongan á cubierto su dignidad; y aquí se ha creído ver una queja embozada contra los franceses y una alusion á la determinacion que algunos aconsejaban á Su Santidad de abandonar á Roma y retirarse á cualquier otro punto de Europa. En efecto, el jueves corrió la voz en la Bolsa de que el papa habia sa-

lido de Roma; pero hasta el momento en que escribimos las presentes líneas la noticia no se ha confirmado.

Las tropas de Garibaldi han tomado la revancha del descalabro sufrido delante de Cápua. Las del rey les atacaron en las líneas de Caserta, y fueron rechazadas con gran pérdida, habiendo dejado en poder de los garibaldinos cerca de cinco mil prisioneros, y teniendo que retirarse á Cápua. Victor Manuel desde Ancona ha dado una proclama á su ejército anunciándole que va á entrar en territorio napolitano. El acuerdo entre el rey del Piamonte y Garibaldi se manifiesta mas cada dia; y los mismos periódicos que nos dieron la noticia de que Mazzini, Ledru-Rollin y Simon Bernad habian ido á Nápoles, la vienen ahora desmintiendo respecto de los dos últimos, y añaden que el primero ha sido desterrado de la capital de las Dos Sicilias. Esta noticia hay que ponerla tambien en cuarentena; y así como no creimos que Ledru-Rollin y Simon Bernard fueran á Nápoles, tampoco creemos que Mazzini haya sido desterrado, cuando precisamente acaba de publicar un folleto ó manifiesto en que se adhiere al programa de Italia y Victor Manuel, dejando para ocasion mas oportuna la defensa de sus ideas republicanas. Si Mazzini ha salido de Nápoles, no habrá sido en calidad de desterrado.

Con la alocucion de Su Santidad se ha recibido el discurso pronunciado por el conde de Cavour ante el parlamento de Turin con motivo de la invasion de las Marcas y la Umbria y de los sucesos de la Italia en general. En este discurso, notable por la moderacion de su lenguaje, se reitera el ofrecimiento de no atacar á Roma ni al Veneto. De manera que no hostilizándose á Roma ni al Veneto, una vez tomadas Cápua y Gaeta, que contra fuerzas tan superiores como van á caer sobre ellas no pueden sostenerse mucho tiempo, habrá terminado, como dice un periódico, el segundo acto del drama italiano.

Ha desaparecido ya uno de los obstáculos que se presentaban para la entrevista de los monarcas del Norte en Varsovia. La emperatriz de Rusia ha parido: en cuanto á la caza de osos y otras fieras á que debia asistir su augusto esposo antes de la entrevista con sus colegas los monarcas de Austria y Prusia, los periódicos no dicen si se ha verificado ó no. Es probable que se haya realizado, y entonces las conferencias se celebrarán en la semana que vamos á entrar. Ya los periódicos belgas, rusos y prusianos han reducido considerablemente el valor que atribuian los diarios austriacos á estas conferencias, y pronto los sucesos nos sacarán de dudas.

Una expedicion mista de tropas francesas y turcas pa-

rece que se ha dirigido al Líbano en busca de los jefes drusos que se han negado á presentarse en Damasco para dar cuenta de su conducta ante el comisario de la Puerta, Fuad Bajá. Los jefes drusos, sabiendo la suerte que les esperaba, pues el comisario lleva plenos poderes y los ejerce castigando de un modo breve y sumario, es natural que se hayan resistido á presentarse en la capital de Siria, y tambien lo es que se refugien en los montes ú opongan una obstinada resistencia á las tropas. No dudamos del valor y de la superior táctica y disciplina de los franceses; pero tememos que el número y las dificultades del clima y del terreno causen mas víctimas de las que habria sido necesario sacrificar si la expedicion se hubiera dispuesto de otro modo.

Al mismo tiempo que este número llegue á manos de los lectores, llegará probablemente la corte á Madrid de vuelta de su expedicion á las provincias catalanas y aragonesas. Dejámosla en viaje para Lérida al terminar nuestra última revista: en Manresa SS. MM. se detuvieron dos horas, y dice un cronista de la comitiva:—«Todas las calles estaban cuajadas de gente que atronaban el aire, gritando: ¡Viva la reina! ¡Viva la dinastía de Borbon! ¡Viva nuestra madre! ¡Vivan los reyes católicos! y otras aclamaciones, y otras frases del mayor respeto y de la mayor ternura.»

Y todavía el mismo escritor añade despues para completar el cuadro del entusiasmo de Manresa:

«En las calles habia elegantes trofeos con los nombres de todos los monarcas de Castilla y Aragon, y en muchas casas se leian estas inscripciones: *Viva la reina, viva la real familia, viva la casa de Borbon.*»

En los límites de Lérida se presentó el gobernador civil señor Negro á recibir á la comitiva. «Para marcar este límite, dice el corresponsal, la diputacion habia hecho construir un arco, en el que se leia esta inscripcion: *Lérida felicita á la reina constitucional.*»

En la ciudad el recibimiento ha sido calificado por los cronistas de brillante, entusiasta y cariñoso: «Cuando los reyes se asomaron al balcon con el príncipe fueron victoreados con delirio, y despues de una brillante serenata, y unos lindos fuegos artificiales, terminó la fiesta á las once de la noche.»

Al dia siguiente salió la corte para Zaragoza. En la fábrica de Villarroya la esperaban las autoridades; pero continuemos copiando; que mejor que nosotros podríamos describir la fiesta, la describen con todos sus pormenores los susodichos verídicos cronistas. Habla el *Diario de Zaragoza*:

«A las cinco y media el repique general de campanas y el estampido del cañon anunciaron la entrada de los regios viajeros: abrían la marcha dos piquetes de guardia civil montada, dos de caballería, siguiendo la carretela abierta tirada por seis caballos, en que iba toda la real familia; á los estribos del carruaje iban los generales señores O'Donnell y García: S. M. la reina vestía traje blanco con listas color rosa, y mantilla blanca con puntillas; el rey uniforme de capitán general con la gran cruz de Carlos III, y sus angustos hijos trajes color rosa.

«SS. MM., conforme estaba anunciado, se dirigieron al templo del Pilar: en la puerta había una mesa con un Santo Cristo que el señor arzobispo dió á besar á las reales personas que estaban de rodillas, y despues entraron bajo el palio corriendo el claustro y pasando al altar mayor donde se cantó el *Te-Deum*; allí se había colocado guardia de alabarderos: concluido pasaron á la santa capilla, adoraron la sagrada imágen, siendo tal la ferviente devoción con que nuestra reina llegó hasta la del cielo y tierra, que la vimos abrazarse á la santa imágen y besarla repetidas veces; salieron despues del templo en la forma que habían entrado, dirigiéndose á su palacio, en cuyo balcón se presentaron SS. MM. que fueron recibidas con grandes aclamaciones por el inmenso pueblo reunido allí y que pedía á voces que saliera el príncipe: S. M. lo sacó en sus brazos, y el angelical niño saludaba con la manecita, hasta que la misma reina, quitándole el sombrerito de paja que llevaba, se lo puso en la mano y con él saludaba graciosamente á la multitud, entre la que se hallaba cuanto Zaragoza encierra de elegante y noble, que no había temido el meterse en aquella inmensa confusión con tal de saludar á sus reyes; la bondad de la escelsa reina que presentaba sus hijos al pueblo reunido bajo los balcones, la cariñosa sonrisa con que saludaba repetidas veces, conmovieron á cuantos lo presenciaron y los que no podían gritar agitaban sus sombreros, gorras y pañuelos.»

En los días siguientes se han sucedido las fiestas sin interrupción, alternando las de toros, teatros é iluminaciones con las visitas á santuarios, hospitales y establecimientos benéficos.

De vuelta la corte en Madrid, parece que se disolverá el campamento de Torrejon; y el 25 se abrirán las Cámaras.

El domingo último celebró sesión la Academia Española, en la cual el secretario general dió cuenta de las tareas desempeñadas por esta corporación en el año académico de 1859 á 1860. La principal y casi única ocupación de la Academia ha sido combinar y discutir un nuevo plan de tareas literarias. Los prospectos de obras presentados en junta por los académicos han sido de seis diccionarios: de Provincialismos, de Sinónimos, de Neologismos, Etimológico, de voces apoyadas en autoridades; y de la Rima. También se ha presentado un proyecto para la reimpresión de la *Historia de la Orden de San Gerónimo*, que escribió el padre fray José Sigüenza, que por cierto se ha aprobado con los prospectos de los cuatro primeros diccionarios. Para la redacción y compilación de estos se han nombrado comisiones de cinco académicos cada una. Para el Etimológico la Academia ha recibido materiales de gran valía, como el diccionario analítico de voces científicas y literarias en nueve tomos manuscritos, obra póstuma del laborioso mahonés don Vicente Alberdi y Vidal, y mas de diez mil papeletas del diccionario matriz que estaba compilando nuestro entendido amigo el malogrado don Rafael María Baralt.

El teatro del Circo despues de *Campanone* no ha dado sino zarzuelas ya vistas, en las cuales lucha con los recuerdos de Jovellanos que las mas veces le son desfavorables. El Príncipe ha puesto en escena *La Torre de Babel*, comedia buena para leída, mala para representada por quien no sepa hacer resaltar los chistes en que abunda el diálogo. El público sin embargo ríe y aplaude. En cuanto á Jovellanos sigue concurrido: la zarzuela *Mis dos mujeres* salió la otra noche superiormente desempeñada.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

### II.

Roma es una ciudad doble, dos ciudades completamente distintas, dentro de un inmenso recinto: una que contiene los restos de la gran población nacida en el Palatino, de la que fundó Rómulo; otra que estendiéndose por las dos orillas del Tíber, se compone de las cuatrocientas iglesias, de los quinientos palacios y de las diez mil viviendas que forman la ciudad de los papas; una con la cual no han podido acabar del todo, ni tantas invasiones, ni tantos saqueos, ni tantos incendios, ni tantas desgracias, ni tantas vicisitudes, ni tantos siglos, ni tanto barbarismo de parte de los que, elevados de la nada por el nepotismo moderno, han arrancado de magníficos monumentos los bronceos y los mármoles, para levantar

palacios de mal gusto en que alojar su parentela otra que empleando así las reliquias de la antigüedad, utilizando las obras de arte como escombros que la sirvieran de pavimento, explotando los mas bellos y mas colosales edificios del mundo como una cantera útil solo para extraer mármoles ya labrados, destruyendo los sepulcros en busca de esculturas, apropiándose las obras mas asombrosas de pasadas edades para darles un destino que rechazan, remplazando las estatuas de los héroes con las de los santos, y escribiendo en cada muro, en cada columna, en cada piedra, el nombre de un papa, no ha logrado borrar las letras S P Q R, que resaltan con caracteres indelebiles entre las que forman aquella variada cronología; una que despues de tantas convulsiones, despues de tanto pillaje de los bárbaros antiguos y modernos, que de la cubierta de un edificio, el magnífico panteon de Agrippa, han sacado bronce bastante para las enormes columnas de San Pedro y para la artillería de San Angelo, y de solo otro edificio el pasmoso Coliseo, han sacado material para varios palacios, aun conserva en pié esos dos monumentos desafiando la acción de los siglos; otra que poniendo á contribucion el tesoro de las artes griega y romana, los recursos del arte moderno y el dinero de toda la cristiandad, no ha sabido levantar mas monumento, grande por su estension y no por su buen gusto, que la basílica de San Pedro, no ha logrado reunir mas atractivo que el de sus museos, en los cuales apenas le cabe mas gloria que haber sacado del polvo las obras antiguas para ofrecerlas un techo conservador; una que trajo de Grecia la traza de sus monumentos, de Egipto sus obeliscos, del Asia su oro, de todo el mundo las bellezas, conquistándole para adornarse con ellas; otra que lo único bueno que ha hecho es desenterrar y poner de pié lo que traido de Egipto, de Grecia y de todo el mundo, cayó con el pueblo que lo trajo; una que hace ir de remotos climas al artista, para estudiar tan solo las ropas de la estatua de mujer encontrada en la villa Adriana, ó el dorso del Belvedere y con solo estas dos obras mutiladas, tiene en perpetua discusión á los inteligentes y les obliga á declarar que en punto á escultura la antigüedad resolvió todos los problemas y dijo la última palabra del arte; otra que ha necesitado restaurar la estatua de un cónsul para hacer de ella, poniéndola una llave en la mano y una aureola en la cabeza, la imágen de San Pedro, cuyo pié de bronce desgasta el ósculo de la fe; una que creó; otra que no alcanza á imitar; una de quien hoy copia aun el mundo la legislación, la política, la elocuencia, la poesía, la arquitectura, la escultura; otra que, á la zaga de Europa, es la última en ensayar mezquinamente los dos verdaderos adelantos de los pueblos modernos: la aplicación del vapor y de la electricidad; una que aun hace estremecer al viajero que contempla sus ruinas, mide la inteligencia y el poder que revela la nación que tal hizo; otra que hace sonreír desdeñosamente al que observa su castillo de San Angelo y su guardia suiza con gregüescos españoles y carrik inglés, con zapatos de lazo y casco romano; una que ha dejado en todo el continente caminos magníficos, puentes colosales, arcos soberbios ó ruinas magestuosas, que atestigüen á todas las naciones y á todas las edades hasta el último día del mundo la civilización y la preponderancia de Roma; otra que para conservar su organización pide soldados, pide limosna y pide socorro á pueblos que no reconocen la fe que alimenta á la ciudad moderna; una que aun conserva en pié las columnas y los arcos de triunfo, con las victorias de sus águilas sobre todo el mundo esculpidas en el mármol y en el bronce; otra que tiene la bandera de San Pedro en manos de algunos suizos, á la sombra de la bandera tricolor que hace dominar el águila francesa desde Civita-Vecchia á San Angelo, desde San Angelo al Vaticano; una que solo con sus ruinas atrae diariamente millares de extranjeros, franceses, rusos, ingleses, alemanes, á llenar las hospederías y las fondas, las calles y las plazas, los templos y los salones de la ciudad moderna; otra que ha perdido hasta los peregrinos que la llevaba con los piés descalzos por ásperos caminos, el entusiasmo de la devoción; una que envuelta hace siglos en un sudario está pronta á entregar, siempre que se cabe en su inmenso sepulcro, un testimonio de bronce ó de mármol para demostrar á los que corren á visitarle que palpita aun; otra que, considerándose viva, ni respira, ni se mueve, ni se anima, ni presenta sintoma alguno de vitalidad.

La muerte se ha cernido sobre aquellas dos ciudades: la Roma antigua, la gran Roma es una de esas momias egipcias que un misterio hacia imperecederas; la Roma moderna, la pequeña Roma, parece destinada á peor suerte: á ser un cadáver en descomposición.

Hay una cosa común á las dos ciudades; á la que tenía su cabeza en el Capitolio y á la que la tenía en el Vaticano; á la que se fundó en el Palatino y á la que vive en el Campo Marzio; á la abandonada de las siete colinas y á la actual de las márgenes del Tíber: la tristeza, la idea de lo imperecederas que son la vida y la obra del hombre, solo que esta fisonomía, común á entrambas, nace de diferentes causas.

La vía triunfal, medio enterrada á trozos, intacta en otros, con el pavimento mismo que pisaron tan grandes hombres al subir al Capitolio por entre aquellos magníficos templos medio de pié todavía, por bajo de aquellos arcos colosales de pié por entero, producen en el espiri-

tu mas distraído reflexiones muy dolorosas: la vía Apia, aquella suntuosa calle de sepulcros soberbios y humildes, pero todos dignos y artísticos, sin semejante en las ciudades modernas, que despues de doce siglos de abandono ha vuelto á aparecer á la luz del día, con sus dos filas de monumentos en una estension de casi cuatro leguas, al paso que revela la grandeza de los hombres que tal hicieron, inspira al que contempla aquel sublime desierto tristes pensamientos, al ver ¡qué queda de aquel pueblo de soberanos, cabeza del mundo!

La Roma actual hosca, sucia y oscura, con sus calles estrechas, tortuosas y lóbregas; con su profusión de templos y de edificios eclesiásticos, lúgubres y sombríos; con su abandono, con su falta de aceras, con su escaso y pobre alumbrado si se exceptúa el Corso y las cercanías de la Plaza de España, con su abundancia de *madonas* y de santos en las esquinas, acompañados de la indecisa luz de un farolillo, cómo en nuestras ciudades hasta el siglo XVII, con su población pobre, abandonada y perezosa, con su enjambre de mendigos y de frailes mendicantes, con su ejército de eclesiásticos de todas clases y trajes, con sus pompas religiosas, con su resto de inquisición, con sus rosarios, con sus entierros formados por bultos de siniestro aspecto que desfilan de noche por las calles como una legión de aparecidos, alumbrados por hachas y entonando los cánticos de la iglesia, lanzando ecos dolientes como si vagaran cerca de uno comitivas de almas en pena, oprimen el ánimo y le colocan vecino á la eternidad.

Cuando se sitúa uno en medio del Foro Romano, el primer sitio histórico del mundo, donde dictaba sus leyes el pueblo rey, donde se reunían sus comicios y se agrupaban sus tribunos ó centurias, donde resonaba la voz de los oradores, el mandato de los cónsules, el fallo de los pretores y jueces, el veto de los tribunos, donde se proscibió á Mario, donde abdicó Sila, donde se quemó el cuerpo de César; cuando se penetra en el Capitolio y se recorren aquellos muros, carcomidos por el depósito de sal que allí tuvieron los bárbaros de la edad media, y se llega á la escalera cortada, pero con un tramo formado por los mismos peldaños de la antigüedad, la imaginación se trasporta por entero á la edad de Cicerón y se espera encontrar por aquellos sitios algun patricio ó alguna dama con el airoso traje del pueblo de los pueblos, y entristece pensar, que los piés de los hombres gigantes que subieron y bajaron por aquella escalera de piedra, próxima á convertirse en polvo, son hace siglos, menos que polvo, cenizas que la barbarie ha profanado y que el viento ha esparcido para cubrir las generaciones de ahora.

Cuando se atraviesan al anochecer algunos callejones completamente oscuros de la ciudad viviente y á la luz menguada del farol que alumbrá una madona se distinguen frailes que van y vienen, se tropieza con cofradías que entonan salmos y oraciones, se representa uno por entero el aspecto que ofrecían nuestras ciudades en tiempo de Felipe II, y no se siente uno bien en aquella atmósfera, que parece influida por el hábito del Santo Oficio, y ve con gusto el encuentro de alguna de las numerosas patrullas de gendarmes y soldados franceses, que recorren las calles y que son mas útiles aun al extranjero para desvanecer aquella pesadilla, en medio de la cual teme la presencia de los familiares de la Inquisición, que para proteger su persona de los ataques que dan allí los ladrones, y eso que la estadística tiene calculadas sus hazañas á razón de dos asesinatos por noche.

Roma es, pues, una población donde la idea de la muerte domina todas las ideas; la ciudad antigua parece conservar sus restos solo para testimonio de lo perecedero que es aquí abajo todo, aun lo que mas desafía la acción de los siglos; la nueva parece existir solo para muestra de lo que era la sociedad que vivía al reflejo del brasero del Santo Oficio, solo para servir de una especie de antesala al otro mundo.

No basta que mientras al extremo de una calle se oye el cántico de los difuntos, resuene al otro una escelente voz, entonando un trozo del *Barbero de Sevilla* acompañado por una guitarrilla; no basta que los romanos hagan por su parte mas de lo que espera el extranjero, para quitar á las iglesias lo que les daría de imponente una concurrencia llena de compuncion que allí deja amplio lugar á los ingleses, á los alemanes y á los rusos, admiradores de las bellezas artísticas de aquellos templos y acude con afán á los teatros, á oír los cantos apasionados de *La Traviatta*, opera que en medio de su rigorismo permite la censura, con la sola condicion de que no se anuncie con el título de *la Estraviada*, sino con el de *Violeta*; las iglesias están muy distantes de tener el aspecto profundamente religioso que la concurrencia de fieles da á nuestras catedrales, y los teatros están al mismo tiempo muy distantes de ofrecer la animación propia de tales sitios, en todos los pueblos de Europa.

El mismo San Pedro, el primer templo de la cristiandad, la catedral del orbe, con toda su grandeza en dimensiones, con toda su magnificencia en los detalles, es un vasto museo abierto á la admiración de los artistas, pero no es un templo que obligue á la admiración de Dios; en aquellas naves, siempre desiertas, falta un pueblo prosternado, que llene su suelo con cultos entregado al recogimiento y su espacio con el murmullo de la oración; la claridad entra allí á rayos vivos; aquello es inferior á nuestras góticas catedrales, que hacen levantar los

ojos y el alma al cielo; aquello, en medio de su grandeza, está por bajo de las basílicas de Toledo y de Sevilla, comenzadas en la misma época; faltan aquellas bóvedas y aquellas vidrieras por las cuales desliza misteriosamente el sol sus rayos, uno á uno, produciendo esa dulce música de los colores que tan bien se armoniza con la música del órgano. Quien hizo el clásico edificio de San Pablo de Londres, no hubiera encontrado dificultad en hacer á San Pedro de Roma; los que levantaron este inmenso templo, quisieron hacer á Dios el presente de una grande y rica casa, pero no tenían nada que pedirle: mas hizo, mas sentía, quien con fé cristiana cerró el crucero de la catedral de Burgos, que quien colocó, exactamente copiada, sobre la suntuosa cruz de Miguel Angel, la magnífica bóveda pagana del panteon de Agrippa.

San Pedro es lo único que la Roma de hoy tiene que oponer á la Roma antigua; pues bien, aquella mole levantada con desden á las artes verdaderamente cristianas obedeció á una restauracion neo-cristiana y acabó por ser una imitacion griega, discordante y falta de unidad; los pesados pilares de Bramante, la cúpula copiada del panteon por Buonarrote, la prolongacion de la cruz por Maderna, la fachada de este y de Berrini, la profusion de adornos interiores, forman un conjunto, estenso como ninguno, alto como que solo la gran pirámide de Egipto le escede; pero no sujeto á las reglas de un gusto severo: comparad el ventanaje y las pilastras de la pobre y vulgar fachada de San Pedro con el ingreso del panteon, y ved qué vale el uno al lado del otro: penetrad en este edificio que hoy se titula Santa María de los Mártires y ved si luego encontrais en San Pedro el espíritu grave, severo, que es la principal condicion de un templo.

Pero nosotros no somos artistas sino viajeros desautorizados, con el solo voto que da el sentimiento de lo bello; no hemos tenido la pretension de añadir nuevas descripciones á las infinitas que se han escrito; hemos tomado la palabra para contar precisamente las observaciones que no hayamos visto escritas en ninguna parte; algunas de las impresiones desautorizadas, pero propias nuestras, que recibimos á las orillas del Tiber, con el desorden que se presentan en nuestra memoria, despues que hemos perdido de vista sus turbias aguas, ni siquiera con el desalño fingido de lo que consignan en el papel los que nosotros hemos archivado en la cabeza; sin separarnos de lo que hemos ofrecido que serian estas líneas, una conversacion sobre la Roma de hoy, necesitamos decir algo mas de sus monumentos: ¿acaso es posible hablar sin nombrarlos, de aquella ciudad esencialmente monumental? ¿acaso entra en ella algun viajero que dejando á parte las descripciones vulgares ya, no tenga una observacion que añadir á las observaciones de todos los viajeros anteriores?

Si la Roma moderna no tiene nada que poner en paragon con la Roma antigua; si las riquezas de las conquistas se aprovecharon mejor que las ofrendas de la cristiandad, de la cristiandad que allí llevó y allí tiene el primer oro traído por Colon de las Indias Occidentales á España, á España que tanto oro ha añadido despues á aquel oro; si San Pedro, la maravilla moderna, cede su puesto al panteon, al coliseo y á tantos monumentos; si la ciudad de los papas ha dejado perder los mejores tiempos, sin saber ó sin poder crear nada igual á la ciudad de los emperadores, fuera de la pintura desarrollada por los genios de Rafael y Miguel Angel, la ciudad actual tiene bastante con llenar la mision que el tiempo y la suerte le han confiado.

No importa que no acierte siquiera á dar un punto de vista á la misma basílica de San Pedro; no importa que no prosiga el derribo, tan acertadamente dispuesto por la república de 1848, de las casas que se echan encima de la plaza magestuosa que le sirve de vestibulo y aventaja en muchos conceptos al templo mismo; no importa que la poblacion actual sea tan descuidada de sí misma, que se resigne á permanecer estacionada, indiferente á todos los adelantos, á todas las comodidades que la civilizacion estiende, no ya en las capitales importantes sino en las ciudades medianamente cultas de Europa; nada de esto importa tanto como el que sepa conservar los monumentos antiguos; ¿para qué se ha de cuidar de ofrecer atractivos al viajero, mientras el atractivo de sus ruinas le asegura las visitas incesantes de todos los pueblos del continente?

Seríamos injustos, y nunca acostumbramos á serlo con voluntad deliberada, si no conviniéramos en que los pontífices han hecho mucho por las antigüedades en estos últimos tiempos: pero lo seríamos tambien si no dijéramos que este mucho no es bastante: no es bastante no, el estribo colosal de ladrillo puesto á la parte exterior del coliseo; mientras las aguas penetran en las galerías y se filtran por los arcos amenazando hundirlos, no es bastante haber hecho del panteon de Agrippa, muchas veces citado pero no tantas como se presenta á nuestra memoria, la iglesia de Santa María de los Mártires, destruyendo el efecto del magnífico fronton de su fachada con dos desatinados campanarios, mientras por el hueco de su lucerna llueve dentro de la iglesia; no es bastante conservar sin destruirlos el arco de Jano, que ha servido de modelo al de la Estrella de París y que hoy es un depósito de inmundicias, los sepulcros de Cecilia Metela y de Cayo Cestio, arruinándose el primero y entero el segundo por la sola razon de su forma piramidal resistente; no basta haber desenterrado y restaurado la Via Apia, no basta nada que no sea un trabajo de conservacion

perseverante de aquella maravilla, de influencia incesante en aquel suelo elevado por las ruinas, que tantos tesoros debe encerrar aun bajo la capa que sirve de pavimento, de restauracion infatigable é inteligente, de tantas bellezas como aquel recinto tiene para premiar diariamente el trabajo de quien las busca.

No está la esperanza, no está el porvenir de Roma dentro de sus límites actuales, sino dentro de los pasados. Si, lo que es imposible, se rompiera la tradicion de tantos siglos y el catolicismo perdiera su cabeza, todavia podría conservarse Roma, siempre que supiera conservar sus ruinas: si lo que es posible dentro de un término mas ó menos remoto, continuando los papas con lo que es imperecedero, con la soberanía espiritual, pierden el poder temporal, y siendo los jefes de la iglesia dejan de ser los reyes de Roma, la primera condicion del poder que los sustituya en el gobierno de aquel país, la condicion impuesta por toda la Europa civilizada, á costa de sacrificios, si sacrificios se piden, impuestos por las armas, si á costa de ellas hubiere de lograrse, seria la conservacion de los restos de la antigüedad.

Es que aquellas riquezas labradas con las conquistas del continente no pertenecen solo á los romanos; pertenecen á todos los pueblos que las costearon, á todos los que tienen amor á las artes; es que la multitud de extranjeros, no católicos, que diariamente se agolpan á las puertas del Vaticano, no van allí desde remotos países para visitar el conjunto de aglomeradas construcciones, grande y desordenado, confuso y ostentoso que forma el palacio donde reside el Sumo Pontífice, sino para recorrer y admirar lo mas rico y lo mas célebre de la escultura antigua, egipcia, etrusca, clásica y de las artes restauradas, recogido y conservado allí en vastos é inapreciables museos: es que se puede ser cristiano, se puede ser católico sin ir á besar la cruz bordada sobre la sandalia del papa; pero no se puede ser artista, no se puede apreciar bien la humanidad sin ir á prosternarse ante el genio de la antigua Roma.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

## EL ALCAZAR DE MALLORCA.

El eminente historiador don José María Cuadrado, antiguo colaborador de *El Pensamiento de la Nacion* que dirigia el malogrado é ilustre Balmes, acaba de poner en manos de la reina un bellissimo folleto que lleva el título de *Recuerdos del real palacio de Mallorca*.

Conceptuamos oportuno apreciar el dibujo de aquel alcázar que embellece el presente número del Museo, entresacando los datos y sucesos mas interesantes que se hallan en la mencionada obrita, sucinta es verdad, pero rica en interés y belleza literaria.

Tras siete meses de obstinado sitio los pisanos y provenzales asaltaron á Palma, y arrancando de sus fuertes murallas la media luna, clavaron en ellas la enseña de la redencion. Desde el torreón mas alto del alcázar el invicto Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, anunció tan insigne victoria.

Pero aquella conquista fue fugaz, volviéndose á apoderar pronto de su antiguo reino los musulmanes.

El restaurado alcázar recobró su primitivo esplendor y magnificencia bajo el gobierno de Mohamed Aben Ganiga.

Recobrada otra vez Mallorca por el gran rey Jaime I de Aragon en 31 de diciembre de 1229, el joven rey se alojó en el palacio de la Almudaina hasta el 28 de octubre de 1230, en que se hizo á la vela para Cataluña.

«Inaugurose en 12 de setiembre de 1276 la coronacion de Jaime II de Mallorca y de Esclaramunda de Foix, hija del conde Roger Bernardo, á quien seis años atrás habia tomado por esposa. Erigida Mallorca en reino en union con las demás islas y con los Estados del Rosellon, Cerdeña y Montpeller, pensó pronto el nuevo monarca en construirse un palacio que fuese no ya posada transitoria, sino residencia fija de su corte y digno centro de sus dominios. Empezaron desde luego las obras, pues en 1281 y 82 vivia Jaime II en el palacio episcopal mientras continuaban aquellas, pero suspendiólas en breve la tempestad que derribó al naciente trono, y no ya como libertador y amigo, sino cual fiero conquistador, tremoló en el alcázar el pendon aragonés. Ejecutor de la ambicion y venganza de su moribundo padre, vino en 1285 Alonso III á ocupar los Estados de su tío, y rendida la ciudad y los mas fuertes castillos de la isla, la unió inseparablemente á su corona con la isla de Menorca, ganada á los moros por su esfuerzo. A Alfonso sucedió su hermano Jaime II el de Aragon, y su primer acto fue visitar á Mallorca en agosto de 1291, y confirmar con juramento su incorporacion á la monarquía aragonesa: los años trascurrian, firmábanse tratados, la Europa se pacificaba y el despojo del rey de Mallorca parecia ya sancionado é irrevocable cuando la santa mediacion del pontífice movió al de Aragon á reparar su injusticia con su tío y á devolverle en 1298 los Estados. Recobró la isla á su buen rey, y en los doce años que disfrutó todavia de su paternal gobierno, vió desenvolverse con mas vigor que nunca los gérmenes de su prosperidad y surgir del removido suelo sus instituciones, sus villas y sus monumentos.

Entonces al sombrío palacio de Mujamid y de los Ben-Ganigas, cuyos arábigos primores, si los tuvo, ensangrentaban tantos recuerdos, y tan recios ataques habian maltratado, reemplazó el actual en la forma que tendria hoy si obras mezquinas y sin concierto no hubieran alterado la mitad de su magestuoso plan, si no hubiese venido al suelo en nuestros dias su parte mas monumental, la grandiosa y elevada torre del Angel que le daba el aspecto de alcázar, y que, si bien rebajada en 1756, se erguia aun en 1851 á imponente altura.

Despues de haber presenciado el alcázar la muerte de Jaime II acaecida en 1311, resonaban en él en 4 de julio del mismo año los vítores por la proclamacion de Sancho su segundo hijo, ya que Jaime el primogénito habia trocado la púrpura por el sayal franciscano. Solo recuerdos de paz y mansedumbre dejó Sancho en el palacio y en el castillo de Bellver, entre los cuales compartia su residencia al lado de su esposa María de Anjou, hija de Carlos II rey de Nápoles.

Víctima Jaime III de las astucias y maquinaciones de Francia y Aragon, dejando prisionera á su fiel Constanza en poder de Pedro IV, su cuñado y perseguidor, vino el infortunado monarca á defender unos Estados que le condenaba á perder la iniquidad cubierta con el nombre de justicia, y en 25 de mayo de 1343 acampaba en Páguera, dispuesto á rechazar el desembarco del invasor. Apenas el combate llegó á empezarse, cuando la traicion hizo tremolar en la torre mayor de palacio las barras aragonesas.

En 31 de mayo entró el Ceremonioso rey de Aragon en el alcázar, visitando desde luego la capilla y armando en ella caballeros á varios de su acompañamiento.

Desde el 3 de julio hasta el 26 de agosto de 1359, Pedro IV habitó el palacio.

Este palacio hospedó dos veces á don Alfonso V el Magnánimo conquistador de Nápoles y dominador de Italia.

Durante las sangrientas insurrecciones de los pueblos de la isla contra la ciudad, que de 1450 á 1452 se repitieron, el jefe de ellas Simón Ballester estuvo preso en la Torre del Angel, hasta que salió de ella para el suplicio en 1457.

En 21 de agosto de 1459 arribó á las playas mallorquinas el desventurado Carlos de Viana, hijo de Jaime II de Aragon entonces reinante, y pasó á habitar el palacio que se convirtió, gracias á la infame suspicacia de su madrastra, en cruel y prolongado cautiverio.

«Pero no son ya alegres vítores ó prevenciones de guerra y de seguridad, sino los alaridos de la revolucion triunfante los que turban el sosiego del palacio en la tarde del 16 de marzo de 1821. Desmandada muchedumbre invade el patio, reclamando á voz en grito la destitucion del virey don Manuel de Gurrea, que pálido y errante de sala en sala, sin valerle las concesiones arrancadas anteriormente por los sublevados, abdica su autoridad y se embarca ocultamente para Ibiza. La germania de Mallorca importada de Valencia, y engendro casi póstumo de las Comunidades de Castilla, se desenvuelve con espantosa rapidez: bien pronto desde estas ventanas oíránse los disparos y gritería con que asalta el pueblo los muros de Bellver y saquea y mata á los nobles allí refugiados: bien pronto el mismo jefe del actual tumulto Juan Crespi perecerá en esa Torre del Angel, á manos de otro dictador mas sanguinario y mas violento, y encrudecerá la matanza, y romperán todo freno de obediencia, y serán rechazadas hostilmente las galeras imperiales, para rendirse por último la ciudad, estenuada tras de largo cerco, al propio virey espelido con tanto encono.»

Veinte años no habian transcurrido, cuando Mallorca recibió con inusitada pompa á Carlos I de España que se hospedó en el real palacio.

Desde entonces, mas de tres siglos hace, hasta que ha sido visitado por doña Isabel II, ninguna planta régia ha pisado este pavimento.

\*\*\*

## LAS TRES NARANJAS Y ALGUNAS GOTAS DE AGUA.

### CUADRO ORIENTAL.

Vivia en Teheran la criatura mas mezquina y tacaña que ha nacido de mujer. Entre los fieles hijos de Alí, solo se ignora lo que debe ignorarse; del resto nadie hace caso. Hé aquí la razon de saber todos á ciencia cierta, por mucho que le pesara, que Abu-Nazib, con su andrajoso turbante y su almalafa abigarrada por las injurias de medio siglo, era el hombre de los cequíes y las rupias, y que no podia menos de atesorar medio Golconda, donde, excepto él, nadie acertara á decir. En su jardinillo de algunos piés se criaban las mejores naranjas de toda Persia, las que en canastillos de oro esmaltados de pedrería, eran presentadas sucesivamente y sin faltar una por sus servidores negros en la mesa del shah poderoso, sombra de Alá en la tierra. Pero por muy largo que tuviera el brazo y grandes fuesen las riquezas que guardaban sus famosas arcas de cedro y marfil incrustadas de oro, llegó un dia en que con la frente en el polvo le hicieron saber sus emisarios no



ENTRADA DE LA REINA EN PALMA DE MALLORCA, Y ARCO TRIUNFAL LEVANTADO POR EL AYUNTAMIENTO.

contase por entonces con las dulcísimas naranjas de Abu-Nazib, porque su huerto había sido robado sin saberse cómo, y añadiendo que era más fácil encontrar las cabezas de los culpables, que una sola naranja en todo el árbol. El príncipe con gran asombro de los visires y sátrapas, continuó fumando en su larga pipa, sin dar la menor muestra de indignación.

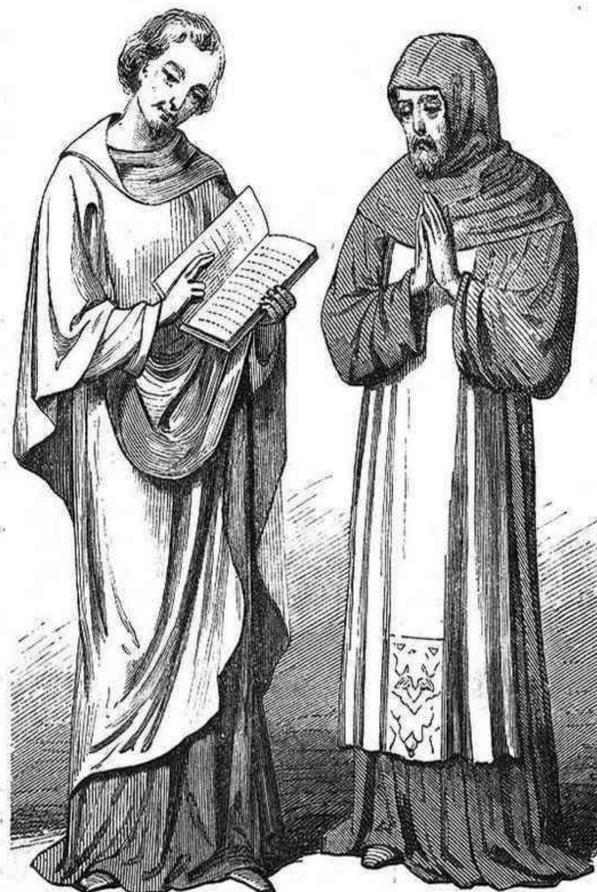
El robo era falso.

Hallábase Abu-Nazib á la puerta de su miserable espelunca, concluidas las abluciones de la tarde, arrellanado en su estera, y entretenido en repasar las enormes agallas de un rosario turco, cuando oyó una voz que le decía: «Dame tres naranjas de tu jardín.» Volvióse lentamente, y vió cerca de sí una especie de ogro fornido y musculoso, medio desnudo, negro como el ébano. Ni siquiera le contestó. El ogro meneó entonces un saco que despidió un sonido metálico, Abu-Nazib le hizo con la cabeza una señal negativa; entonces la criatura deforme lo vació ante sus ojos, é inundó la estera y los piés del absorto avaro con un turbion de preciosísimos y deslumbradores diamantes.—Todos son tuyos por solas tres naranjas de tu árbol, le dijo, y por igual número te daré cada día otros tantos diamantes hasta que tu árbol quede sin fruto.—Abu-Nazib, se lanzó sobre aquel tesoro como el leon sediento sobre la girafa, y volvió luego con las tres más ruines naranjas que pudo encontrar.

Así sucedió siempre hasta que llegó el día en que el árbol de Abu-Nazib no ostentaba entre sus verdes ramas más que las tres últimas naranjas.—Sabe, le dijo entonces, que mi árbol no dará más fruto el año en que deje de comerme sus tres naranjas más bellas; si te cedo estas últimas, quedará él seco y yo arruinado, porque así está escrito: muéstrame el lugar de donde estraes tu tesoro, y son tuyas despues.—El vestiglo de nariz aplastada aceptó sin vacilar, y ambos partieron hácia las fronteras de la India, llevando Abu-Nazib por todo equipaje una aguda gumía de Damasco cuidadosamente recatada.

Los primeros días de marcha comieron y bebieron de lo poco que la hospitalidad pobre y liberal de sus hermanos compartió con ellos sin interés alguno, pero muy pronto vióse el avaro de seco corazón, perdido con su guía entre un océano de arena que abrasaba sus piés y quemaba sus carnes. En vano buscó una sombra en que poder descansar á su abrigo, en vano una gota de agua para refrescar sus labios sedientos; desde que penetraron en el desierto su guía no hacía más que cantar en

un idioma desconocido, monótono y lúgubre, ó saltar como un mono al compás de sus largos alaridos. Pero llegó un momento en que volviéndose al avaro le dijo:—«Abu-Nazib, ¿ves aquella tienda que se aparece allá abajo?—y le señaló al Norte—pues con solo un silbido que yo diese vendrían aquí gentes que por medio de los procedimientos más raros y caprichosos, harían soltar á un hombre honrado hasta el último cequí, por muy guardados y por muy lejos que los tuviera. ¡Diablo de sed!... dame una de tus naranjas.»



DE UN RETABLO ESPAÑOL.—SIGLO XIV.

Abu-Nazib llevó la mano al pomo de su puñal, pero retirándola con lentitud, entregó á su extraño compañero una de las tres naranjas que guardaba como su mejor tesoro. El guía tornó de nuevo á su danza y á sus cantares con más brio que nunca, pero momentos despues exclamó: «Abu-Nazib, desde aquí veo la gruta misteriosa; guarda para tí la tercera de las naranjas, porque la necesitarás; pero antes de ser el más poderoso de los nacidos, dame la segunda, y si así no lo haces, adios.» Y dió tan prodigioso salto, que Abu-Nazib le perdió de vista por un momento; y el avaro entregó dócilmente su naranja, aunque la sed que lo devoraba le hacia comprender era aquella fruta superior, en aquellos instantes, á todas las riquezas del universo. Y tornaron á andar hasta que su guía gritó lleno de júbilo: «¡Héla aquí!», y arrojándose bruscamente al suelo, removié á uno y otro lado aquella lava abrasadora, sirviéndose de sus manos como el más fino lebril de Laconia, burlado por el tejon, hasta dejar ver una ancha losa negra y sin esmalte; separóla, el ogro y vióse entonces lóbrega la boca de un silo profundo. Abu-Nazib miró primero á su compañero y despues á la sima, pero no bien rozó en su borde la grosera punta de su babucha, cuando el rugido ronco y formidable de un espantoso tigre le hizo retroceder asombrado. «Está desencadenado, le dijo el negro con la más fría calma, pero no le temas, que yo le apartaré de tus ojos bajando el primero; mas para que tú penetres en el recinto maravilloso, has de arrojar delante de tí un don que de tus ropas no sea, porque está escrito: «Quien sin ofrenda llegare, no salga más.»

Dicho esto, arrojó al pozo una de sus dos naranjas, y desapareció tan ligero como ella. El buen Abu-Nazib no vaciló entre su puñal y su última naranja; lanzó esta como su guía, y una súbita claridad le permitió distinguir una escalera practicable y limpia, por la cual descendió con intrépido corazón, pero empuñada su arma bajo los dobleces de su almalafa.

¡Oh, vista espléndida y deslumbradora! El subterráneo era inmenso, y por todas partes brillaban hacinados como unos grandes y triangulares montones de las piedras más preciosas. Había oro hasta perderse de vista, plata como para marchar sobre ella; delicadas estofas de cachemira, marfil maravilloso, sedas suavísimas y aromáticas, resplandecientes joyeles, arneses cuajados de oro y perlas blanquísimas. Allí se hallaba la bizarría europea con toda la riqueza de Oriente. Era aquel, sin duda, alguna, el paraíso de la codicia. Absorto contemplaba el

avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d

avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d

avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d

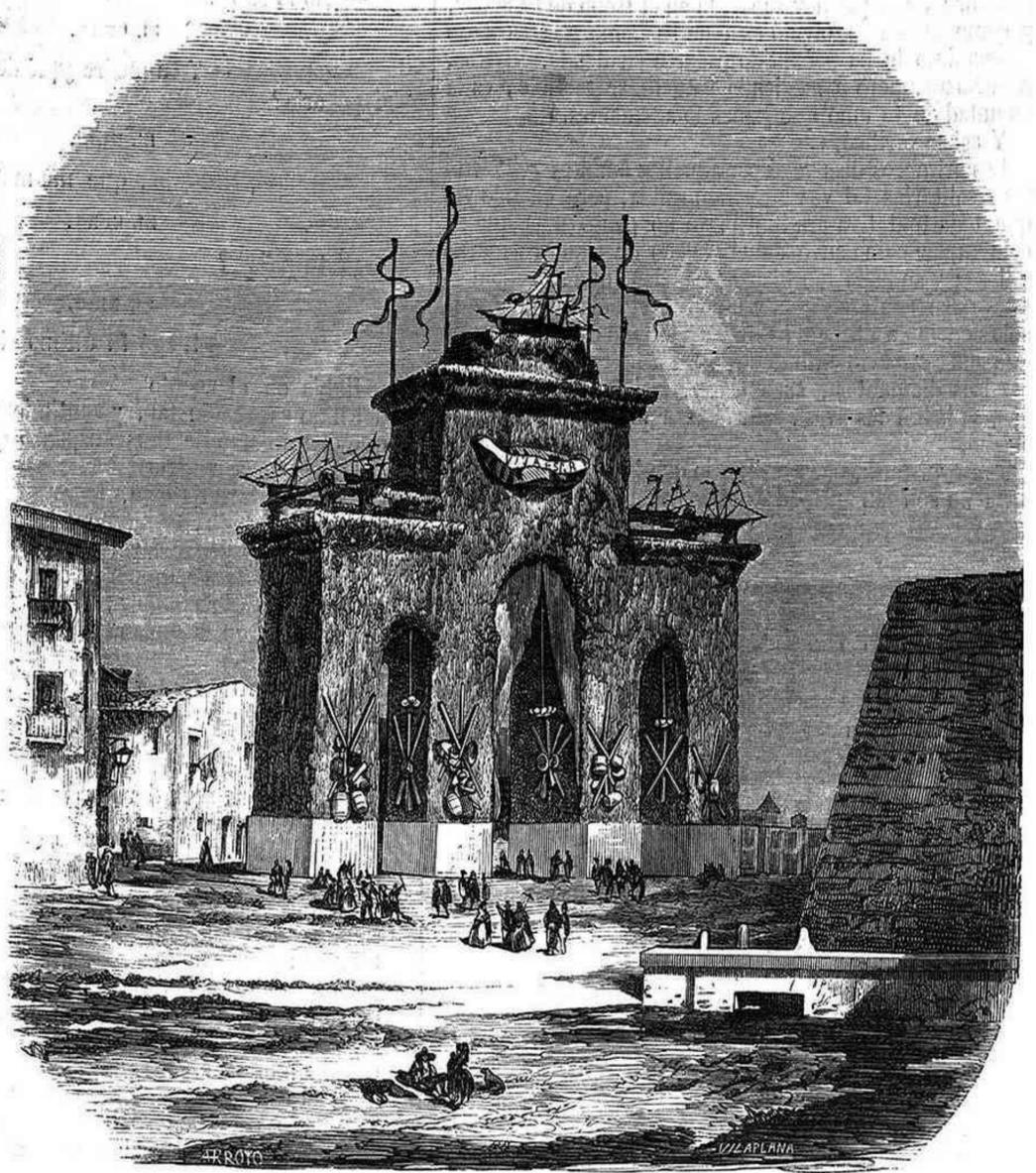
avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d

avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d

avaro tan  
mano de  
su éstas  
bien, po  
has visto  
shah pod  
dijo: «  
se atreve  
pertenec  
tiendas  
sangre d



BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO Á LA REINA EN PALMA DE MALLORCA POR LOS VECINOS DEL ARRABAL DE SANTA CATALINA.

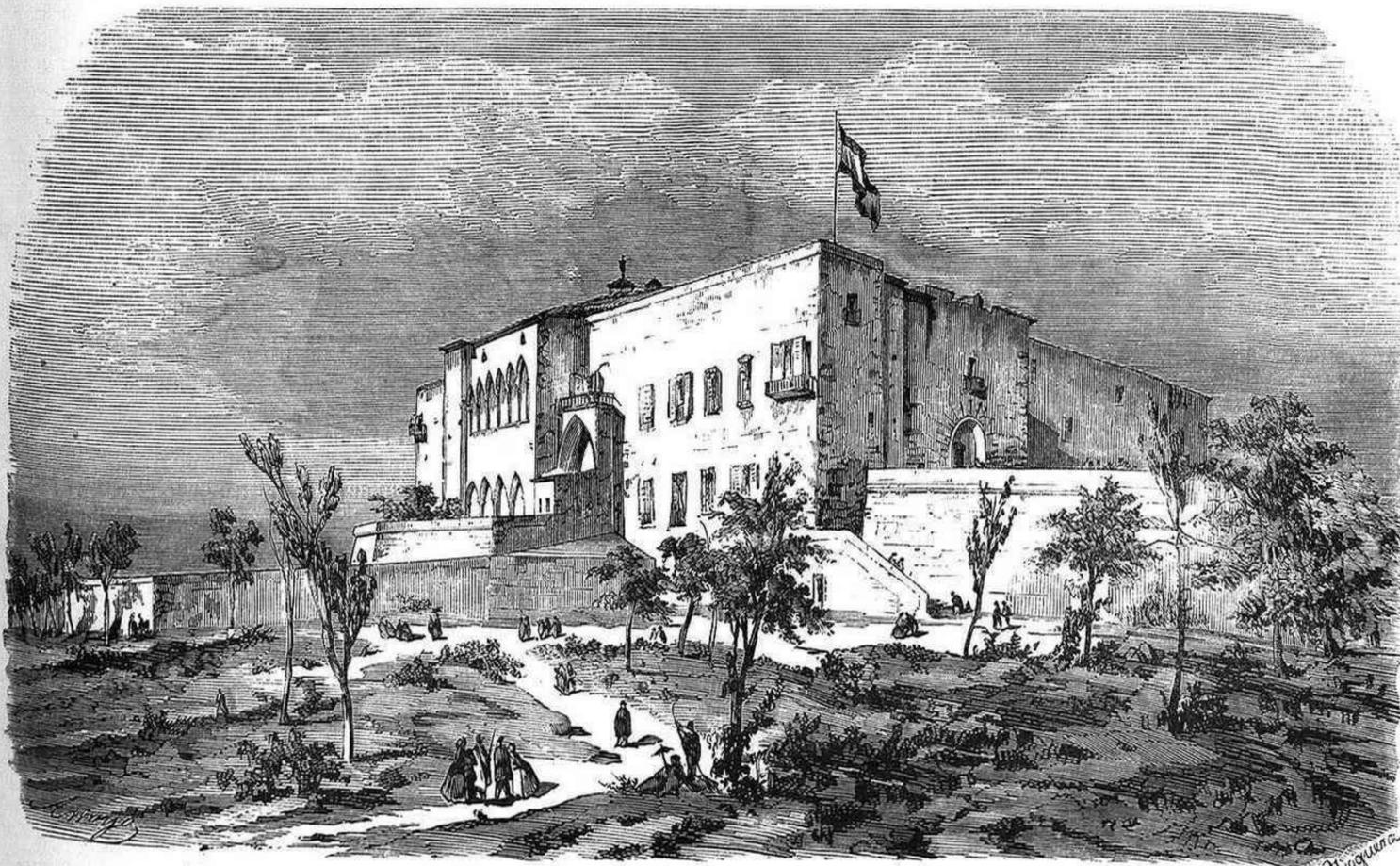
avaro tantas deslumbradoras riquezas, cuando la pesada mano del negro tocándole en los hombros le hizo salir de su éstasis.—«Escucha Abu-Nazib, le dijo, y escucha bien, porque te va mucho en ello. Este, y mas que no has visto, es el tesoro de tu señor Aharon-Abul-Mirza, shah poderoso de la Persia. Un dia llamó á su esclavo y le dijo: «Agu-aua, mi siervo Abu-Nazib es un perro que se atreve á recibir dos bolsas por cada fruto del árbol que pertenece á su amo. La araña que se ha henchido en las tiendas de la viuda y el huérfano, y en cuyo agujon hay sangre de otras víctimas, no puede ser castigada á la luz

del dia, diríase luego que sus grandes riquezas me llevaron á herir; y padecería mi gloria. Agu-aua, tráeme su cabeza sin que nadie lo entienda.» Entonces su fiel negro vino á este lugar de él solo conocido y... Abu-Nazib, no le dejó concluir furioso como el leopardo herido por mano inesperta, se lanzó sobre él para clavarle su puñal; pero mas ágil y robusto el negro, le arrancó de sus débiles manos aquella arma inútil, y sujetándolo con su ceñidor, prosiguió con desden:—«Cuanto posee el esclavo, pertenece á su señor. Abu-Nazib la cueva de tu jardín está vacía, tu oro y tus piedras se hallarán aquí en breve.

¡Oh! el negro es prudente como la abeja y valeroso como el águila; por eso se valió de la traicion cuando la vió esconder su arma de dos filos.»

Al oír esto, el espíritu de Abu-Nazib sufrió todas las congojas de la agonía, ¡perdidos los sesenta años de su dorada miseria! Pero ¡ay! el avaro sin corazon y sin talento, poseia la malicia de la serpiente y la astucia del zorro y dirigiéndose al negro le dijo:—«Valiente Agu-aua, el gran Tipu-Zaib, sultan del Maisur, está en guerra con el tirano de la Persia; vamos, si tú quieres, á encontrarle, y serán nuestras cuantas maravillas nos circundan. Hazte libre, y yo te edificaré un palacio de oro y diamantes, y te lo llenaré de las mas hermosas mujeres de tu país y de la tierra toda.»

El buen Agu-aua lanzó una estrepitosa carcajada dejando ver á Abu-Nazib una doble fila de dientes mas blancos é incisivos que los de un chacal. Despues la pesada cimitarra brilló en sus manos y cayó sobre su víctima dejando escapar un rugido salvaje. El avaro esquivó el terrible golpe y con cuánta alegría no oiría una voz que gritó al mismo tiempo que el negro se disponia á secundar: «¡Dentente, Agu-aua!» y á poco, apareció cercana á ellos una blanca fantasma cuidadosamente velada, y ante cuya aparicion milagrosa se prosternó reverente el esclavo. Entonces avanzando hasta el pobre viejo, su misterioso libertador prorumpió en tales palabras: «¡Abu-Nazib, Alá es grande! ¡Recuerdas el dia en que, caminando por el desierto descendiste de tu camello para derramar algunas gotas de agua entre los labios de una pobre mujer espirante y abando-



ALCÁZAR DE MALLORCA DONDE HA PERNOCTADO LA REINA.

nada de sus hermanos? Pues he aquí por qué tu cabeza no caerá. Aquella anciana moribunda á quien tú salvaste con solo el agua que cabe en el hueco de una mano, era la madre de la que hoy se sienta en el trono de tu señor, y como nunca se olvidó esta de tu nombre, su esposo magnánimo le ha permitido pagarte su deuda. Vivirás, Abu-Nazib, pero conociendo este lugar terrible, es la voluntad de tu amo que jamás lo abandones.»

Y así se verificó.

Los primeros dias vagó por aquellos ámbitos relucientes y solitarios tal vez buscando salida, pero cuando vió que toda tentativa era inútil, ya no pensó mas que en contemplar como suyo aquel piélagó de riquezas maravilloso; y se halló tan bien entre ellas, que se supo despues por su antiguo guia y burlador el fiel Agu-a-a, que solo saldria de allí para habitar un mundo cuyo cielo fuese de plata, el pavimento de oro, los árboles de esmeralda; los rios diamantes, carbunclos, jacintos y topacios las flores; lázuli las aves, zafir la raza bruta, y él su único dueño.

Téngase, pues, por averiguado que la felicidad y la avaricia no son tan antípodas, como hasta aquí se ha creído.

JUAN ANTONIO SAZATORNIL.

## DETRAS DE LA CRUZ EL DIABLO.

IDILIO SATIRICO-BURLESCO.

Metido de soslayo hasta la ceja el sombrero de teja, quitasol oportuno, si no bello; en casa el alzacuello; chaquetilla de cúbica, algo añeja; pantalon de lo mismo, remangado; de piel de cabra, cómodo calzado; atada á la cintura con galon la sotana, y sin manteo ni otra vestidura que aumentase el calor de la mañana, de un monte por la rústica espesura, la vista en el Breviario por donde haciendo va su rezo diario, solo y grave pasea de la vecina aldea el párroco escelente, á quien por bueno y sabio ama la gente.

Pobre, porque á los pobres con generosa mano socorria; sencillo, porque apenas comprendia la virtud evangélica adornada con la pompa del mundo, que es humo, sombra, nada; breve en palabras, pródigo en acciones, que con sus bendiciones premia gozoso el cielo; de santidad modelo; roca firme en su fe perseverante; á la ambicion y á la mentira extraño, cual pastor vigilante el cura apacentaba su rebaño.

Siguiendo á poco rato otra vereda, huella la blanda alfombra que á una verde alameda conduce, donde fresca y grata sombra, que del sol templada las ardientes llamas, árboles mil pomposos dan con sus troncos y crecidas ramas.

Y allí, con tocoso aliño que cubre mal su cuerpo delicado, aparecióse un niño de seis años, azules, claros ojos, alta frente espaciosa, color suave de temprana rosa, coronadas de rizos naturales la sien y la mejilla virginales; el cual, corriendo al cura, con espanto, y á la sotana asido como si de alguien fuera perseguido, trémulo esclama y anegado en llanto:

EL NIÑO.

—«Ven, señor cura, ven, que padre pega á madre, y madre llora.

EL CURA.

—¿Quién es tu madre?

EL NIÑO.

—¿Quién?... La tia Melchora.

EL CURA.

—¿Y tu padre?

EL NIÑO.

—Es el tio

Inocente.

EL CURA.

—¡Ah! ¡ya caigo! Iré, hijo mio.

¿Y sabes por qué causa la maltrato?

EL NIÑO.

—¡No lo sabo!

EL CURA.

—Y tu madre ¿qué decia, al pegarla?

EL NIÑO.

—¡Dios mio, que me mata!

EL CURA.

—¿Y tu padre?

EL NIÑO.

—Llegó tu último dia.»

Habia en el acento del niño expresion tal, y sentimiento, que el ministro de Dios suspenso queda.

Mirábase al villano como ejemplar cristiano, hombre de bien, prudente y laborioso, marido fiel y padre cariñoso.

Deseando tener limpia la conciencia y al mundo dar ejemplo, iba una vez en la semana al templo; y de la penitencia ante el severo tribunal, los ojos á la tierra bajando, postrábase de hinojos, y unos golpes de pecho se pegaba que al corazon mas duro edificaba: á creer en habillitas, ya tenia, merced á los porrazos, rota media docena de costillas.

Al entrar en la iglesia, siempre con lentitud y pasos quedos, tomaba agua bendita; pero no con dos dedos como cualquier humilde cristianillo, sino medio cuartillo con la mano derecha, que del rostro cayéndole á la ropa vez hubo que le puso hecho una sopa.

Verdad es, que señales no conserva del singular ayuno que ha largo tiempo observa, como no lo observó prógimo alguno, ni surcan su semblante hondas arrugas; pero muchos vecinos aseguran que come solo yerba; otros, aunque sin datos, que lechugas, berzas y cebollinos: quien (calumniando su virtud ignota) supone que se atraca de bellota; y aun hay quien, con malicia refinada, diz que le vió roer pan de cebada; que para inventar menguas nunca en el mundo faltan malas lenguas. Mas como no está magro, jura toda la gente temerosa de Dios, que el tio Inocente engorda sin comer; que es un milagro, un milagro viviente de abstinencia... que pesa doce arrobas de las que llaman bobas.

El, con vagas razones, que tiene apariciones de santos asegura; pero sospecha el cura, no sin dolor profundo, que pretende engañar á Dios y al mundo.

Saliendo del espeso bosquecillo en que anidaban pájaros cantores, por un prado de césped y de flores ancho, vistoso y fresco, llegábase á un retiro pintoresco al pié de una montaña, donde, entre agrestes peñas y raudales de limpios y sonoros manantiales, asoma de Inocente la cabaña de secos troncos y pagiza caña.

La habitacion sencilla en su interior parece una capilla, en que el tio Inocente rinde culto á unos nenes de bu to, producto de sus manos pecadoras que en ellos ocuparon muchas horas, y de papel pintado que pegó á la pared con pan mascado.

Un nene, segun él, es San Antonio, alrededor del cual cienden su vuelo un murciélago, un buho y un mochuelo, que son las tentaciones del demonio.

Figura otro á San Roque, abogado bendito de la peste, con su calabazuela y palitroque; esculpida tan mal la efígie de este, que, en vez de faz celeste, el santo tiene cara de bodoque.

Allí un altar de corcho sostenia

bajo un vasillo verde, que no ardia, de plomo una custodia con varias torceduras, en medio de dos ángeles de barro, ridícula parodia de los bellos que encantan las alturas; pues lejos de ser guapos, parecen los dos ángeles dos sapos.

Y allí... pero dejemos la descripcion prolija de la cabaña, y con el cura entremos y el niño, que entró al par, de mala gana, del párroco agarrado á la sotana.

Quien viese aquel asilo silencioso y tranquilo, con ínfulas de ermita, diria que la paz en él habita. Inocente repasa en voz sonora de rodillas las cuentas de un rosario; recostada Melchora, aparte gime; parece que la oprime algun dolor agudo, pues la pobre amenudo ambas manos ligeras estendidas se aplica á las caderas.

Justo será decir que el buen marido, cuya virtud aspira á eternas palmas, lanzando un gran bostezo, principio dió á su rezo en cuanto vió venir al pastor de almas.

—«Santos y buenos dias, (dijo el tio, saliendo al cura á recibir afable, y besando su mano venerable) —¡Buenos dias!— (el cura respondióle) ¿Qué tal va, tio Inocente?

INOCENTE.

—Asi... tirando.

EL CURA.

—¿Y Melchora?

INOCENTE.

—Melchora

anda un poco maleja la pobre; ella se queja ha tiempo de dolores; pero por mas que toma cuanto le ha recetado don Toribio, la enfermedad no doma, con nada encuentra alivio.»

Oyendo este discurso que la sangre le enciende, la enferma hablar pretende; pero la pone coto el marido devoto, mirándola algo vizeo sin que el cura lo vea, y dándola en un brazo tal pellizco que á la débil mujer, á quien espanta, ahogósele la voz en la garganta.

INOCENTE.

—A los santos por eso mis súplicas dirijo; (el tio Inocente, prosiguiendo, dijo; y añadió, dando un beso á San Roque) en mi pena á este le he prometido una novena con dos misas, cada una de seis reales: él de Melchora curará los males.

MELCHORA.

—¡Calla, bribon, taimado, trapacero, hombre endino! Si á los bobos hasta hoy has engañado, habiendo al fin logrado que con ruedas comulguen de molino, supuesto que lo quieres, yo les diré quien eres; sí, yo se lo diré, no me hagas muecas para que calle, zorro, ni retuerzas el morro, porque ya se acabó mi sufrimiento, y si no desembucho, aquí reviento. Señor cura, usted sepa que mi marido ha poco, por mor de la tia Pepa la Chata, me pegaba como un loco, y si no viene su mercé, me mata, por mor, como ya he dicho, de la Chata. Que al pelo de la ropa él no me toque, y en los cielos en paz deje á San Roque.

EL CURA.

—¿Quién es la Chata?

MELCHORA.

—La hija

mas grande del defunto molinero, que parece una lambrija y tiene un ojo huero.

EL CURA.

—¿Qué dice á todo esto el tío Inocente?

INOCENTE.

—Digo que mi mujer miente y remiente.

MELCHORA.

A ella le hace regalos,  
y á mí quisiera verme en cueros vivos;  
á su mujer á palos  
las espaldas la mide;  
á esa moza le da lo que le pide,  
y día y noche pasa  
con ella en el molino, que es su casa:  
¿qué estás haciendo allí?

INOCENTE.

—¿Qué estoy haciendo?

(respondió el tío Inocente, á tropezones,  
sus muecas redoblando y contorsiones);  
¡toma!... ¿qué quieres que haga?... estoy moliendo.

MELCHORA.

¡Vaya! ¡vaya! ¡qué santo!  
Se acabó, lo que es hoy todo lo canto,  
oigame usted su historia.

Cuando el cura difunto,  
(Dios le tenga en su gloria)  
era Inocente sacristan, y el pillo  
tan largo de uñas era,  
que quitaba la cera  
del altar, y los cuartos del cepillo,  
donde las limosnitas  
se echaban pa las ánimas benditas.

El párroco una vez cerca apostado  
le cogió en el fregado,  
y siempre desde entonces  
le llamó *malun puérún*,  
y algunos, por sospechas, *rapavérún*.

Como él de todo sisa,  
aguaba el vino puro de la misa,  
y el vino que sisaba  
santamente despues se lo empinaba;  
pues aunque se figuran que no bebe  
muchísimas personas...  
¡Señor, coge unas monas!  
Pero lo que es comer el pobrecito,  
no le viene de casta;  
para almorzar hay veces que le basta  
con tres cuartos y medio de un cabrito.»

Al llegar á este punto, echando fuego  
de rabia por los ojos,  
como la grana, rojos,  
saltó el tío: —«Melchora, que te pego!  
Ya sabes que soy manso  
lo mismo que un borrego;  
pero ¡ay de tus costillas si me canso!»

Melchora, que desprecia  
y ve con gran cachaza  
la tempestad que arrecea,  
y el rayo que amenaza,  
y que se juzga fuerte,  
un escudo en el párroco mirando,  
declara á su marido guerra á muerte,  
é intrépida prosigue de esta suerte:

MELCHORA.

—Pues ¿y cuando fue alcalde?  
nunca justicia *amenistró* de balde;  
y aunque son cosas á la gente ocultas,  
yo sé que se ha comido tantas multas!  
Despidió al pregonero  
y quitó al secretario,  
lo propio que al tío Hilario  
que llevaba diez años de montero,  
todos unos benditos,  
sin cometer delitos;  
y no oyendo razones,  
colocó, en su lugar, á tres bribones.  
¡Dios los cria, señor, y ellos se *ajuntan*!  
Entonces, con cautelas y misterios,  
hicieron que sé yo qué gatuperios  
que al pronto los vecinos no barruntan;  
mientras la hacienda escasa  
de los cuatro crecía:  
ya, al postre, no faltaba quien decia  
malicioso: —«A fulano  
¿sabeis si se le ha muerto algun tío indiano?  
¿sabeis si le cayó la lotería?  
Mas nadie sospechaba de Inocente;  
¿quién sospechado hubiera?  
pues aunque él robó mas que *cualesquiera*,  
robó tan santamente!...»  
Aquí exclamó el marido, en un tonillo  
entre si canta ó l'ora:  
—«¡Que te pego, Melchora!»  
Y cogiendo una vara  
de fresno muy flexible,  
por sus palabras duras  
acaso la sentára  
un poco las costuras.

si el sacristan entrando  
presuroso y sudando,  
no hubiera dicho al cura: —«¡Vengo muerto!

EL CURA.

—¿Qué sucede, Perico?

EL SACRISTAN.

—Que han robado en la iglesia.

EL CURA.

—¿Es cierto?

EL SACRISTAN.

—Cierto.

EL CURA.

—¿Qué falta?

EL SACRISTAN.

—Una patena...

EL CURA.

—Acaba pronto.

EL SACRISTAN.

—Un cáliz, las mejores  
vinageras, aquellas de las flores...  
y á mí me falta el juicio... ¡yo estoy tonto!

EL CURA.

—No hay que afligirse, Pedro; en el garlito,  
si el cielo nos ayuda,  
caerá, no tengas duda,  
el autor del delito.  
Vamos, pues. Tía Melchora, ya hablaremos;  
tío Inocente, hasta luego... ¡á ver qué hacemos!

INOCENTE.

—Por mí, sumiso callo;  
ya *pué* Melchora levantar el gallo,  
y subiendo de tono  
tirarme de las greñas,  
que ella apellida ni o de cigüeñas;  
desde ahora la perdono,  
repito que no chisto;  
mas sufrí por *nusotros* Jesucristo.»

En esta confianza  
párroco y sacristan dejan la choza  
y la envidiable paz que allí se goza;  
mas ¡ay! que con su ausencia hubo otra danza.

Sacó unas disciplinas el marido,  
de negro alambre y de cordel de azote;  
y viendo la intencion del hotentote,  
Melchora da un chillido,  
recógese las faldas  
á la pared volviéndose de espaldas,  
y pone por escudo  
al niño, que escurrirse hasta ella pudo;  
pero el tío, que tiene ímpetus locos,  
apartóle de allí de un soplamocos.

Para abreviar de su venganza el plazo,  
las disciplinas, bárbaro, enarbola;  
mas tanto con la furia se atortola,  
que al levantar el brazo

derriba de un codazo  
fuerte, sonoro y seco,  
el altar, que por dentro estaba hueco,  
y de cajon servia ó de alacena  
á vinageras, cáliz y patena.

—¡Ah, bribon! te cogí, Melchora esclama.

—¿Cómo es esto, carape?»

el rústico responde;  
pero ella á todo escape,  
cual toro de Jarama  
que sale del encierro,  
corre, y ganando un cerro,  
con voces tan rabiosas llama al cura,  
que por poco no arroja la asadura.

El párroco recela,  
al sacristan respide  
y hácia la choza vuela  
unido con Melchora, que delata  
al que robó sacrilego la plata.

El cual con alegría:  
—«¡Milagro!» repetía;  
¡Milagro!» y sin dejar el estribillo,  
que á los otros irrita y encocora,  
se e-tuvo *milagreado* un cuarto de hora;  
diciendo por contera  
el milagro en cuestion, de esta manera:

INOCENTE.

—Asi que *ustés* salieron,  
dije á Melchora yo: «corazon mio,  
toma estas disciplinas,  
y dáte un par de tandas de las finas,  
con *antusiasmo* y brio;  
mientras pido á los cielos yo, en un verbo,

»con santas oraciones,  
»descubra los ladrones,  
»ó las cosas robadas á este siervo.»  
Y no hubo mas. En el *istante* mismo  
vinieron de esas lomas  
volando tres palomas,  
que en el altar de corcho se posaron;  
y al decir mi mujer: «ya tengo cena»  
las tres se trasformaron  
en vinageras, cáliz y patena.

Saliendo el cura aqui de sus casillas,  
caer hizo al villano de rodillas:

—Sella (le dijo) sella el labio impuro;  
séllalo, miserable fariseo;  
hunde en el polvo oscuro  
la torpe frente, en que grabada veo  
tu profunda maldad, que hasta hoy cubriste  
con hipócrita manto,  
creyendo así engañar al cielo santo.

¡Ay de tí, si de vida  
no mudas!... que ya miro  
tu pobre alma perdida  
bajar á los infiernos,  
y en sus negras regiones  
sufrir martirios bárbaros y eternos.

No premia Dios, castiga  
al que en los labios tiene  
la virtud como amiga,  
siendo su corazon sepulcro lleno  
de vicios, de maldades y de cieno.»

Melchora con el niño y el anciano  
partióse, por el santo de su nombre  
jurando no vivir con aquel hombre  
que prometió matarla con su mano.

Y el rústico devoto;  
que no quiere el subsidio  
de su industria pagar en un presidio,  
mala viendo la cosa  
resuelve poner piés en polvorosa,  
ó *tomar* (cual tradujo  
cierto escritor francés, y nada lego)  
*la villa de don Diego*.

Discurrid, ¡oh lectores!

el fin de este inocente desgraciado,  
¡qué iniquidad! cuál jabalí acosado:  
¿no lo acertais?... Pues renegó, señores,  
y rotas ya sus religiosas trabas,  
contra nosotros sirve á Muley-Abas.

VERTURA RUZ AGUILERA.

## ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

UN BUQUE POR DENTRO.—DESDE LA ESTAMPA DE POPA AL PAJO MAYOR.

VI.

¡Bien, hermosas mias; muy bien, perfectísimamente!  
Vuestros ojos han recobrado ya su vivacidad, su fuego y  
su alegría; vuestros semblantes, su animacion, sus co-  
lores y sus encantos; vuestra respiracion, su libertad, y  
los movimientos de vuestro turgente y blanquísimo seno  
la calma y la uniformidad que habian perdido. ¡Estais  
verdaderamente encantadoras! Los aires puros que se  
respiran sobre la cubierta de un buque en medio del Océano  
producen maravillosos efectos, que la higiene no aprove-  
cha en el grado que debiera.

¿Quereis que continuemos nuestra revista de inspec-  
cion? A bordo, pues, las anclas, porque tenemos que  
cumplir con una de las obras de misericordia y estamos  
perdiendo tiempo. Doña Pánfila, la buena y recatada do-  
ña Pánfila está enferma. La infeliz ha *cambiado la peseta*;  
¡y sufre tanto en estos momentos! y el ex-administra-  
dor de salinas de Castropol ¡sufre tanto tambien!... Y no  
porque se haya mareado, no; pero su queridísima con-  
sorte se agita en el lecho de una manera terrible, se aho-  
ga, le estorba todo, todo, pero especialmente el pañuelo  
que cubre los encantos de su abultado seno y la morbi-  
dez provocativa de sus hombros, y el capitán del *Relám-  
pago*, á quien pocos marinos aventajan en hacer á las pa-  
sageras los honores de la casa, no quiere apartarse de su  
lado, y el piloto del *Relámpago*, que no cede á su jefe  
en finura y solicitud para con el bello sexo, se ha clava-  
do frente al catre de la enferma con un *balde* en la mano,  
cual si fuera la estatua de la contemplacion. ¡Infeliz Ar-  
gensola!... ¡triste y sin ventura Argensola!...

En marcha, amigas mias, en marcha para que podais  
volver cuanto antes á la cámara y visiteis á la enferma y  
cuideis de que no se abra tanto ese maldito pañuelo, y  
si sois buenas, como lo espero, si tenéis compasion del  
que sufre, procurareis echar mano ademas de todas las  
armas que tan bien sabeis manejar para llamar sobre  
vuestros hechizos la atencion del ultra-celoso y desven-  
turado Argensola hasta el punto de hacerle olvidar por  
unos instantes que el capitán y el piloto del *Relámpago*

## EXPOSICION DE PINTURAS.



—¿Escogeremos este cuadro?  
—No, el del lado tiene mejor marco, y hará lindo juego con tu cortinaje.

están al lado de su mujer. Es una obra de caridad como otra cualquiera y vosotras pareis buenas y caritativas en grado heróico.

¿Os sonreis? ¿accedéis á mis súplicas?... ¡Feliz y venturoso don Romualdo!... Pero vamos, vamos, y ya que estamos en la popa, principiaremos por ella nuestra revista y continuaremos visitando el bergantín hasta que el castillo de proa detenga nuestros pasos.

La cubierta ó el puente de un buque puesto en marcha presenta, desde el punto que ocupamos, un admirable golpe de vista. Ese movimiento continuo que las cabezas y los balances la imprimen, haciéndonos creer que se hunde á cada paso bajo nuestros piés ó que se eleva en actitud de conducirnos á la regiones etéreas cuando las olas son algun tanto gruesas; la forma especial y la colocacion de cuantos objetos se hallan sobre su superficie; el constante aleteo de las velas bajas, la agitacion de ese cúmulo de cuerdas ó aparejos que cuelgan sobre ella por todas partes, el movimiento de los marineros que corren de un punto á otro para ejecutar las maniobras, en silencio unas veces, entonando otras monótonas canturias para uniformar la accion de sus esfuerzos; la inmensidad del Océano que por todas partes se descubre, y hasta la pureza del aire que sobre ella se respira, unida al constante rechinar de los palos y al incesante chasquido del aparejo, todo, todo contribuye á darla un aspecto encantador.

Esa débil muralla de madera que la circunda, y cuya elevacion no excede por la regular de cuatro piés en buques como el *Relámpago*, se llama la *obra muerta* y es la única defensa que tienen los marineros contra la impetuosidad de las olas, cuando estas no son muy crecidas, y el único amparo para no caerse al agua en las violentas sacudidas que la marejada imprime al buque, ó cuando este inclina demasiado uno de sus costados al ceñir el viento, ó cuando, cogiendo este al timonel desprevenido, choca con violencia y de costado sobre sus velas demasiado tirantes.

Con tiempos bonancibles y mar bella, la obra muerta desempeña perfectamente su mision protectora; cuando el mar se inquieta algun tanto, contiene tambien el ímpetu de la marejada y resiste sus embates; pero si se al-

tera demasiado, si las aguas del Océano se convierten en altas montañas impelidas por el viento con demasiada violencia, las olas destruyen esa débil barrera que se opone á su marcha destructora, inundan la cubierta y al *barren* de popa á proa llevándose cuantos objetos se encuentran sobre ella, por bien *trincados* que se hallen; y ¡ay del pobre marinero que en estos momentos terribles, y demasiado frecuentes por desgracia, no ha tenido tiempo para asegurarse de firme en alguno de los aparejos, porque su cuerpo se encontrará momentos despues sumido en el fondo del Océano!

De día, de noche, que un sol abrasador caiga á plomo sobre el buque, que los frios de una baja latitud hielan los líquidos á bordo, que la lluvia caiga á torrentes, que la tempestad se desencadene, y cruja el trueno y ruja la tempestad sobre sus cabezas y se rasguen las nubes al despedir el rayo, el marinero permanece sobre cubierta sin el menor abrigo que le ponga á cubierto del furor de los desencadenados elementos ni del rigor de las estaciones. Solo en tiempos muy bonancibles y de escesivo calor se cubre el puente con un toldo para impedir que los abrasadores rayos del sol sequen las estrechas tablas que le forman y *aventen* sus costuras.

¿Preguntáis por dónde sale el agua cuando la cubierta se inunda? Esos agujeros de dos pulgadas próximamente de diámetro que veis de trecho en trecho en el arranque de la obra muerta y que llaman abordo los *imbornaes*, dan salida á las aguas, cuando son en corta cantidad; si su volumen es grande, la obra muerta tiene un portalón á cada costado, casi en la mitad del buque, se abren para darlas pronto salida; y cuando lo apremiante y peligroso de las circunstancias no dan tiempo á que se ejecute esta operacion, se rompe con las hachas un trozo de esta muralla que se repara ó compone despues cuando el tiempo lo permite.

Observad, queridas mias, cuán aseado está todo el puente, qué ordenados todos los objetos que sobre él se encuentran y cuán blancas y limpias todas sus tablas, de pino de Holanda por lo general.

La primer faena á que el marinero se entrega al abandonar de madrugada su lecho y tanto en puerto ó en bahía como en alta mar, siempre que la marejada no se

encarga de sustituirle en este trabajo, es á sacar del mar unos cuantos *balde* ó cúbos de agua, arrojarlos con fuerza sobre la cubierta, despues de barrida y destrasteada, frotándola con los cepillos que al intento se emplean y hasta frotándola con arena cuando la necesidad lo exige, continuando despues el baldeo hasta que sale por los imbornales, mezclada con el agua toda especie de basura que pueda entrar por ellos.

Por el portalón de estribor... ¡Qué! ¿os habló por ventura en griego? En los buques las palabras derecha ó izquierda son palabras estrañas que no se usan jamás para referir la posicion de los objetos. Suponed un plano vertical ilimitado que corte el buque de proa á popa dividiéndole en dos partes iguales; todo lo que se halla dentro ó fuera de la embarcacion á la derecha de este plano, para el que mira de popa á proa, está ó ha sucedido á *estribor* y á *abor* cuanto se halla ó sucede en la parte opuesta; así se dice, la obra muerta de babor, el portalón de estribor; etc., etc. Y os doy, hermosas mias, la esplicacion de estos dos términos del vocabulario marítimo, porque los usaré muy á menudo en el curso de este insignificante trabajo y no quiero que al leerle os quedeis en ayunas.

Otros dos términos, que debo daros á conocer por la misma razon, se emplean tambien por los hombres de mar para referir á su buque la posicion de los objetos esteriores y en particular la de otros buques. Entre dos embarcaciones, la que se halla mas próxima á la línea que sigue el viento, teniendo la proa hácia el punto por donde este sale, está á *barlovento* de la otra, y por el contrario esta se halla á *sotavento* de aquella. Un buque gana ó pierde barlovento cuanto mas se aproxima ó se desvia de aquella línea; en el primer caso sus velas reciben el viento mas ó menos de través, hasta el punto de tocar ó de no inflamarse á su impulso; en el segundo, lo van recibiendo cada vez mas de lleno hasta que el buque sigue la misma direccion que el viento, en cuyo caso se dice que *navega en popa*, así como cuando le corta en un ángulo, mas ó menos agudo se dice que va ó *navega de bolina*, y á un *largo* cuando sus velas le reciben casi de lleno.

Iba á deciros, hermosas mias, cuando me permiti esta digresion, que espero no será perdida, que por el portalón de estribor, fuera del cual se coloca una escala de madera ó de cuerda segun las circunstancias y que descansa contra el costado del buque, entran en este por lo general las personas estrañas á su equipaje, y cuando son de distincion salen á recibirlos á él el capitán ó el que haga á bordo sus veces para darles la mano al saltar sobre cubierta.

A la longitud de un buque tomada desde proa á popa sobre el puente se le denomina su *eslora* y á su anchura *manga*, así como se llama *puntal* á la altura del casco y *quinda* á la elevacion de los palos, y se dice tantos piés de eslora, de quilla, de manga ó de puntal, espresion la segunda con que se espresa la longitud tomada en la parte inferior ó en la quilla. Ya sabeis, porque esto lo sabe todo el mundo, que la quilla de una embarcacion es, hablando en términos vulgares, una gran pieza de madera del largo del buque y de pié y medio de anchura próximamente que sobresale á manera de cuchilla en la parte inferior del casco y sobre la cual descansa toda la armazon de la nave,

Ya que recorrimos el todo de la cubierta con la vista y sin movernos de aquí, principiaremos á examinar de cerca y uno por uno los objetos que mas deben llamar la atencion de las gentes estrañas á la vida del mar.

Esa pequeña embarcacion colgada fuera de la popa y pendiente por sus dos extremos de dos piezas de madera, denominadas *pescantes*, que arrancan de los ángulos del buque prolongándose unos dos piés hácia fuera, es el bote, la segunda de las pequeñas embarcaciones del buque y la que hace un servicio mas continuo entre este y la tierra, como que es el destinado á traer y llevar la gente. Cuando se quiere echar al agua, no hay mas que aflojar ó *arriar* los aparejos ó las cuerdas de que está pendiente y se cae por su propio peso. Por lo general se entran en él uno ó dos hombres que van arriando las cuerdas y que le conducen luego al costado.

La tablazon, de forma un tanto ovalada de ordinario, en que termina el buque por la parte posterior se llama la estampa de popa. En los buques grandes se abren en ella las ventanas que deben dar luz á la cámara principal; pero en el *Relámpago* y en todas las embarcaciones de su porte, y con mayor razon en las mas pequeñas, está completamente cerrada y se coloca en ella con letras de relieve, ó solamente pintadas, el nombre del buque y el puerto á que pertenece.

Las dos estremidades laterales de la estampa, que sobresalen algo mas que el costado del buque, se denominan las *aletas*, y se dice que tal ó cual punto ó objeto está por la aleta de estribor ó de babor, cuando se halla por la popa del buque á la derecha ó á la izquierda.

(Se continuará.)

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE G. P. R. Y ROIG,  
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1800.

NUM  
H  
de las úl  
pasado y  
El rey Vi  
en Napole  
lia Meridi  
dice, me  
salvar su  
aprendí e  
dada jamá  
Despue  
de conseq  
lia ó suce  
dice: «A  
cia, juzg  
seria la It  
impotente  
reconstru  
En seg  
mente á l  
trazando a  
cesos, co  
«He he  
Umbria di  
todos los